

HISTORIA DE UNA PIEDRA

por MÁXIMO MARTIN AGUADO

Catedrático, Académico y Miembro del Instituto
de Investigaciones y Estudios Toledanos

Es distintivo del hombre, considerado en su vertiente natural, el enorme desarrollo de su encéfalo, correlativo de su actividad psíquica superior. Catorce mil millones de neuronas forman el entramado de la sustancia gris de nuestro cerebro y a cualquiera le resultan hoy escasas para atender con holgura a la creciente complejidad de nuestra vida.

Una buena parte de ellas se ocupa en la tarea de traducir, de manera enteramente misteriosa, los estímulos del medio en esos actos primarios de la conciencia que se llaman sensaciones. Otra, en la de enviar a los distintos órganos del cuerpo las respuestas más adecuadas. Y otra, en la de actuar como archivo, almacenando estas impresiones y las prácticas o manejos a que dan lugar, para rememorarlos y ponerlos nuevamente en juego tan pronto como se produzca alguna situación parecida. Todas ellas participan, además, en las operaciones más elevadas de nuestro espíritu, que constituyen, en definitiva, la principal diferencia entre el hombre y la bestia.

Tan insólita actividad recae al mismo tiempo en los dos hemisferios cerebrales. En consonancia con ello tanto nuestros receptores (los sentidos) como las vías aferentes son, al igual que los propios hemisferios, simétricos. Nuestro cerebro presenta, sin embargo, una cierta asimetría funcional, relacionada con nuestro dextrismo, que constituye otra característica rigurosamente humana. El bruto grita con sus dos hemisferios cerebrales. El hombre habla (y escribe) con el hemisferio cerebral izquierdo o, si es zurdo, con el derecho. Nadie conoce caballos o camellos derechos o zocatos.

¿Ha sido esto siempre así? ¿No habrá tenido el hombre también en sus comienzos un cerebro tan simétrico como el de las demás criaturas?

Yo no sé si semejante problema se habrá suscitado alguna vez en alguna teoría filosófica. Sospecho que sí, porque a los filósofos se les ocurren todas las cosas, aunque raramente son capaces de resolver ninguna. Sea como quiera es lo cierto que nos encontramos en el

trance de plantear (o replantear) esa cuestión en relación con la prehistoria de Toledo. Y todo por culpa de una piedra. Una piedra que tiene, por lo tanto, historia.

* * *

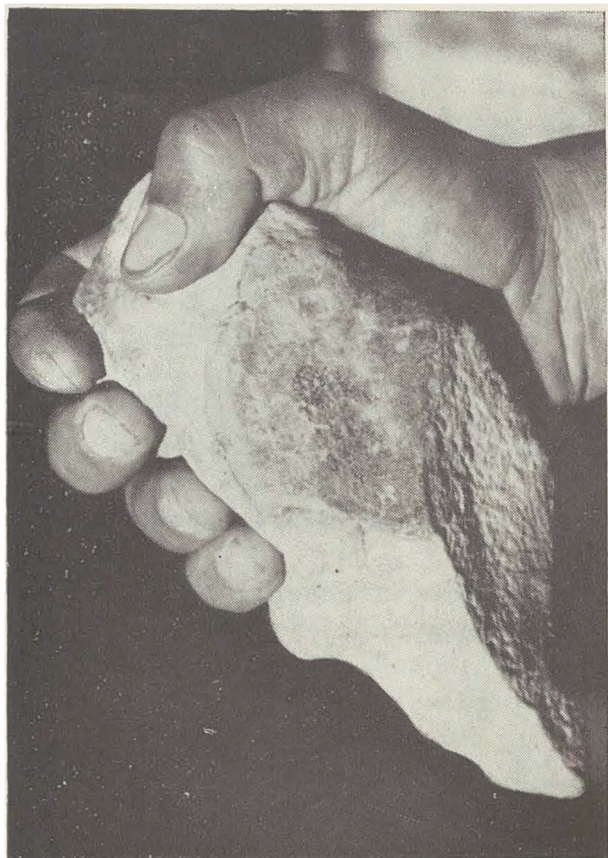
Sucedió en una fría mañana de enero de 1960. Tras el memorable hallazgo de la calavera de un elefante en las graveras de Buenavista, habíamos descubierto, a fines de 1959, el yacimiento prehistórico más importante conocido hasta la fecha en Toledo: el de las graveras de Pinedo. Y en él, una industria que me pareció, desde el principio, característica de los más antiguos pobladores de este sector del río.

Fernando Jiménez de Gregorio solía decir entonces, con envidiable buen humor, que yo era un alma paleolítica transmigrada a una persona del siglo XX, y que por eso conocía tan bien los lugares por los que anduvieron mis remotos antepasados. Recuerdo atávico (entiéndase curiosidad científica), que me costaba acudir a cada momento a las graveras en busca de piedras talladas.

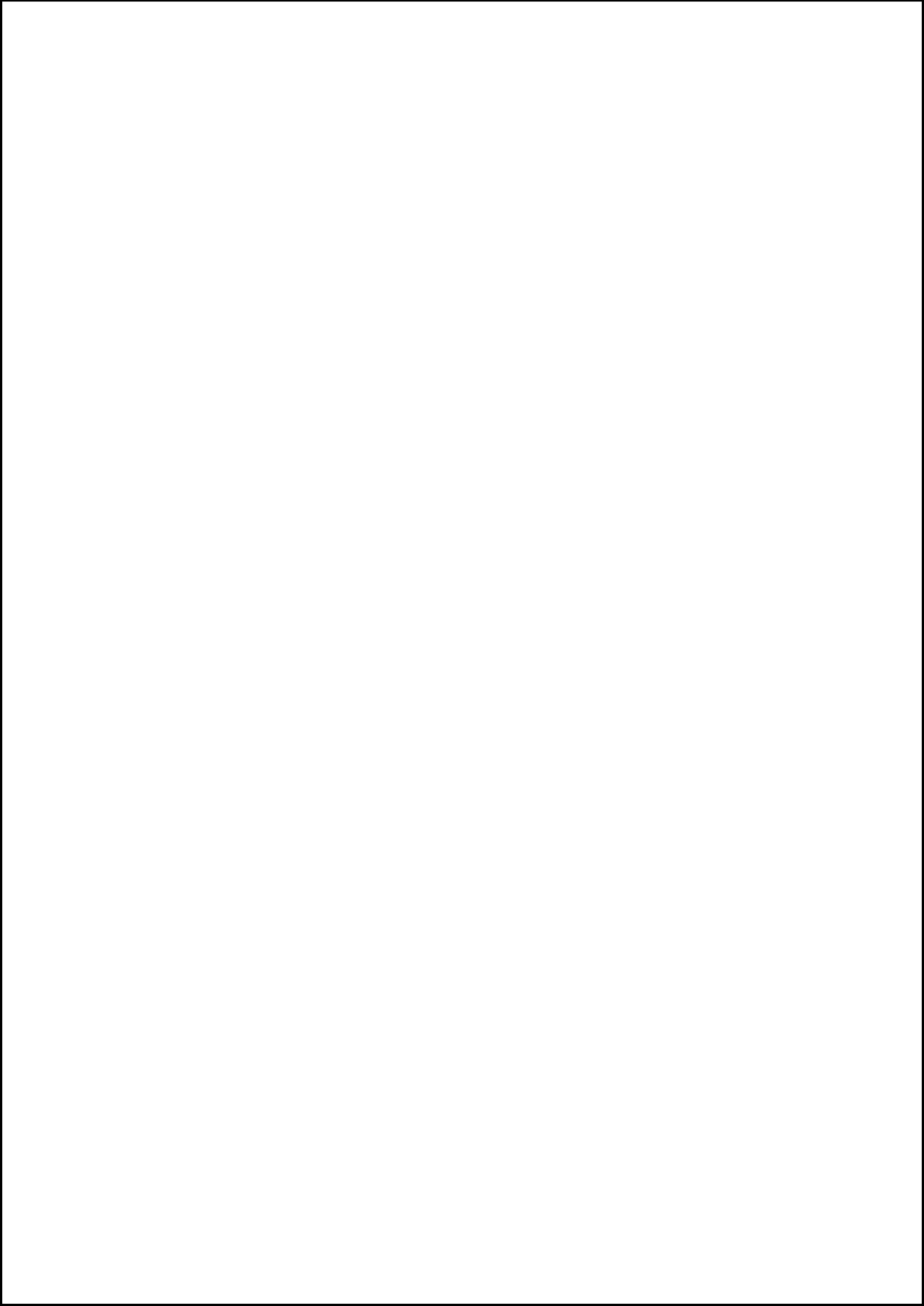
Aquella mañana flotaba sobre el Tajo la tenue gasa de una neblina helada y a través de ella se veía, sobre el cobre bruñido de las tierras, la plata de la escarcha. Llegué hasta las graveras y, removiendo entre las piedras, no tardó en aparecer uno de los útiles más típicos. Su punta era perfecta, pero presentaba hacia el talón tales destrozos que estuve a punto de desecharle. Le observé atentamente y me convencí de que se trataba de una talla tan intencional como la de la punta. Pero, ¿para qué?

Ante muchas de las dificultades con que he tropezado al estudiar la prehistoria de Toledo me ha dado excelente resultado tratar de colocarme, hasta donde me ha sido posible, en la misma situación del hombre primitivo. Pensé entonces: «Si yo fuera realmente un hombre del Paleolítico, ¿qué se me ocurriría hacer con esta piedra»? Le dí unas cuantas vueltas y terminé por empuñarla como se indica en la figura. La prueba me pareció concluyente. Aquel aparente destrozo no era sino un lascado adicional de que se había dotado al canto para facilitar su prensión.

Con el presentimiento de haber descubierto algo insospechado regresé a Toledo, impaciente por ensayar el manejo de las piedras recogidas en días anteriores. Tan sólo algunas se mostraron dóciles a mi mano. Consulté libros en busca de alguna orientación. Todos resultaron mudos. Cambié impresiones con algunos colegas. No ocultaron que todo aquello parecía demasiado imaginativo... Nada de esto podía desconcertarme. Si las piedras talladas eran las herramientas de trabajo del hombre primitivo, necesariamente tenían que manejarse de alguna forma. Esta idea me confortaba, concediendo,



Esta piedra es una de las herramientas prehistóricas utilizadas por los primeros habitantes del peñón toledano, hace algunos miles de siglos, cuando el valle del Tajo estaba cubierto por un bosque subtropical habitado por elefantes y en el río vivía el hipopótamo. Pero tiene, además, una interesante historia actual, que se narra en este artículo



ante cada fracaso, una nueva tregua a mi esperanza. Y seguí mis investigaciones, seguro de encontrar alguna solución.

* * *

Estábamos en febrero y preparaba un trabajo para dar cuenta a la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo de los hallazgos y descubrimientos que se habían producido en las graveras a finales de 1959. Mi colección de piedras había crecido de tal modo que no tenía sobre mi mesa sino aquellos raros ejemplares cuya interpretación me resultaba más difícil. Con ellos practicaba a diario, casi automáticamente, mientras realizaba cualquier otra tarea.

En estas circunstancias pasó por mi mano un pico, semejante al que se reproduce en el grabado, pero con la talla de empuñadura en el lado contrario. Mi familiaridad con las cuestiones cristalográficas me llevó a comprender en seguida que se trataba de su forma recíproca. Por consiguiente debía manejarse con la mano izquierda. La prueba fue, de nuevo, concluyente.

Con una lógica, en apariencia irreprochable, supuse que era un utensilio expresamente fabricado para un zurdo. Pero al estudiar las demás piedras su número fue creciendo hasta ser, por lo menos, tan elevado como el de herramientas derechas. ¡Extraño fenómeno! De mis investigaciones iba a resultar que la mitad de los primeros habitantes de Toledo eran derechos y la otra mitad zocatos. ¿No era este, quizá, el mejor indicio de que existía algún error en mi interpretación?

* * *

Ahora nos encontramos en marzo y la fecha para mi intervención en la Academia se acercaba, sin que hubiera logrado hallar solución a tanto zurdo. En vista de ello decidí someter mis ideas a una prueba definitiva. Estaba bien seguro de que muchas de aquellas herramientas se habían utilizado para cavar. Seleccioné, pues, las que me parecieron más apropiadas para este uso y me fuí a trabajar con ellas a la orilla del río, dispuesto a abrir un foso para dar caza a unos imaginarios elefantes.

Por mi dextrismo utilizaba primero las herramientas derechas y, cuando me cansaba, seguía con las de la mano izquierda. No había duda de que tanto la distinción como el empleo de los útiles eran correctos. Seguí, pues, mis excavaciones y, sin pensarlo, me encontré trabajando con una piedra en cada mano, imitando los movimientos de los animales zapadores. ¿Sería esto, precisamente, lo que hicieran los primeros habitantes de Toledo? La conclusión, en tal caso, era inequívoca. No es que hubiera derechos y zocatos. Es que un mismo

individuo manejaba indistintamente las dos clases de utensilios, porque aquel hombre era igualmente hábil o igualmente inhábil con las dos manos; es decir, *ambidextro*, o para ser más exacto, *ambizurdo*.

Aunque todavía quedaba (y queda) mucho por averiguar, lo esencial estaba resuelto: era el descubrimiento de la idea, el planteamiento más correcto del problema. Había surgido con el tiempo justo para informar mi disertación de la Academia.

* * *

Hoy lo cuento porque me parece alentador considerar que, en plena era de las previsiones técnicas, sea posible hacer descubrimientos importantes con recursos tan pobres; que entre tanta planificación de trabajo en equipo, con resultados casi infaliblemente previstos, haya todavía lugar para el individuo, para el quehacer intelectual artesano.

He pensando también que estas líneas y su ilustración podrían contribuir a descubrir, en el sector talaverano del Tajo, algún yacimiento del Paleolítico Inferior, comparable al de Pinedo en Toledo.

NOTA BIBLIOGRAFICA

Toledo, tan cargado de historia, carecía, prácticamente de prehistoria. Ahora, tras el descubrimiento de Pinedo, conocemos bien nuestro pasado más antiguo, pero seguimos ignorando la mayoría de los acontecimientos que tuvieron lugar entre aquella época y la iniciación de los tiempos históricos.

A quienes interese un conocimiento más detallado de estas cuestiones podrá consultar alguno de los siguientes trabajos del autor, en parte inéditos, pero ya próximos a publicarse:

1. EL HOMBRE PRIMITIVO EN TOLEDO. Disertación en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.
Toledo, 27 de marzo de 1960. *In litt.*
2. LAS PRIMERAS PIEDRAS DE NUESTRA PREHISTORIA. «Provincia», número de mayo. Toledo 1960.
3. RECIENTES HALLAZGOS PREHISTORICOS EN LAS GRAVERAS DE TOLEDO. «Estudios Geológicos», vol. XVIII, números 3-4. Madrid, 1962.
4. EL POBLAMIENTO PREHISTORICO DE TOLEDO. Discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.
Toledo, 13 de mayo de 1962. *In litt.*
5. EL YACIMIENTO DE PINEDO (TOLEDO) Y SU INDUSTRIA TRIEDRICA. Monografía para el recién creado Instituto de Estudios Toledanos.
Toledo, diciembre, 1962.

